

La tempestad calmada

Después de la multiplicación de los panes, que leíamos el domingo pasado, Mateo nos cuenta el episodio de la tempestad calmada, cuando las olas y el viento del lago sacudían y hacían casi zozobrar la barca de los discípulos. Una barca zarandeada por las olas y el viento son un buen símbolo de tantas situaciones personales y comunitarias que se van repitiendo en la historia y en nuestra propia vida. Como la del profeta Elías en el AT. Como la de tantos cristianos que experimentan dificultades y miedos tan grandes como los de los apóstoles.

1 Reyes 19, 9a.11-13a. *Ponte en pie en el monte ante el Señor*

Elías, después de un gran éxito, al dejar en evidencia él solo y mandar castigar delante de todo el pueblo a los más de cuatrocientos profetas y sacerdotes del dios falso Baal, sabiéndose perseguido a muerte por la reina Jezabel, tiene que huir al desierto.

En la huida llega al monte Horeb, o Sinaí, donde el pueblo, a la salida de Egipto, había experimentado la cercanía y había firmado la alianza con Dios. Ahí tiene Elías la experiencia de la teofanía de Yahvé, que no se le "aparece" en lo que él podría haber imaginado y que eran los signos tradicionales de la presencia de Dios -el huracán, el terremoto, el fuego- sino en una brisa suave. En ese encuentro recibe el encargo de volver a la ciudad, de nuevo, a seguir ejerciendo su misión profética, se supone que con un ánimo más calmado y unos métodos más suaves.

El salmo habla también de un Dios lleno de paz y misericordia: "muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación", "Dios anuncia la paz", "el Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto".

Romanos 9,1-5. *Quisiera ser un proscrito, por el bien de mis hermanos*

Con el capítulo 9, hasta el 11, empieza en la carta a los Romanos otro tema que a Pablo le preocupa mucho: la suerte que le espera al pueblo de Israel. El apóstol muestra un apasionado amor a su pueblo, "los de mi raza según la carne", y le duele profundamente que no hayan sabido acoger al Mesías, después de tantos siglos de espera y anuncios proféticos. Reconoce con afecto una lista de dones que siguen teniendo los judíos, como herederos de las promesas del AT.

Mateo 14, 22-33. *Mándame ir hacia ti andando sobre el agua*

Después de multiplicar los panes y dar de comer a la gente, al llegar la noche, Jesús se retira solo al monte, a orar. Los discípulos, mientras tanto, adentrándose en el lago, están pasando momentos de apuro por el viento recio y contrario que zarandeaba su barca, y eso que eran pescadores de profesión. Momentos que se convierten en pánico y gritos cuando, en la oscuridad, antes del amanecer, ven venir hacia ellos a Jesús caminando sobre las aguas, tomándole por un fantasma, hasta que oyen su voz tranquilizadora.

Mateo es el único que añade el episodio de Pedro, que pide a Jesús que le deje caminar también a él sobre el lago, pero luego pierde la confianza, tiene miedo a hundirse y es salvado por la mano de Jesús. La conclusión es una profesión sincera de fe: "eres el Hijo de Dios". Jesús se había presentado con un atributo divino: "yo soy", y Pedro se había dirigido a él llamándole "Kyrios, Señor".